

Hemos reconocido y proclamado la diversidad de caminos ofrecidos a las artes plásticas. No es una actitud ecléctica porque considerando básica la existencia de los dos grandes principios rectores: libertad y autenticidad, nos desinteresamos de cuanto pueda intentarse de espaldas a ellos. La fórmula es elemental: tantos caminos como individualidades. Cualquier tendencia, cualquier movimiento plástico es admisible si pugna por abrir las puertas del campo, no si pretende cerrar alguna de las ya practicables. No creemos en la pintura de programa, ni en la creación adaptada a declaraciones de principio.

El abuelo Pero Grullo lo dejó apuntado en su Estética: primero la obra, luego las teorías. Dedúzcanse éstas de aquélla y no al revés. Libre el artista de proclamarlas y ordenarlas (gracias a eso contamos con textos admirables de Kandinsky, Juan Gris, Klee...) pero sin dogmatizar, sin levantar una barrera contra la que tal vez fuera a estrellarse más tarde.

No sacrificar la complejidad de la obra posible a la rigidez del esquema teórico. La creación artística vuela según la ley de su natural impulso y una vez lograda extráiganse de ella los principios que la sustentan, las incitaciones en que se funda.

Fijándonos en las realidades españolas, más bien hoscas a la sincera comunicación entre artistas y entre estos y los críticos, quisimos que la **Escuela de Altamira** fuera un lugar en donde la conversación pudiera establecerse en un modo tan lejano del negativismo sistemático como de la trivial adulación. Entre la injuria y el ditirambo, recursos casi únicos de la llamada crítica de arte en tierras celtibéricas, caben infinitas modalidades de acuerdo o disentimiento, y el diálogo frente a frente ofrecía oportunidades para contrastar puntos de vista e intercambiar ideas y opiniones.

Diferentes temperamentos llegarán a conclusiones opuestas —o por lo menos muy distintas— en cuanto a los fenómenos del arte contemporáneo, pero la experiencia demostró que en lo esencial las interpretaciones no discrepaban hasta el punto que pudo sospecharse.

Ningún doctrinarismo, ningún fetichismo. Y la convicción de que el arte vive en una permanente encrucijada, en el seno del tiempo y latiendo al ritmo de las horas que se suceden afectándole y determinando su pulso, más a la vez capaz de superarlas y de trascender a lo intemporal, situándose en la fulgente gracia de lo llamado a sobrevivir.

Defender al arte «nuevo» es defender al arte, simplemente. No hay «arte nuevo» sino arte de hoy que se incorpora a la gran corriente. Ni tampoco arte «viejo». Si es de veras «viejo», como el de Dalí, con sus cromitos de ayer y de anteayer, ya no es arte, y deja de interesarnos. Lo nuevo no es aquí adjetivo calificativo sino (con perdón de los gramáticos) adverbio de tiempo. Y observe usted que los ataques contra el arte actual se lanzan casi siem-